

Bogotá para iniciados

Tanto Bogotá

FERNANDO QUIROZ

Planeta, Bogotá, 2011, 212 págs.

EN *TANTO* Bogotá Fernando Quiroz (Bogotá, 1964) nos presenta, en diecinueve crónicas, una ciudad compleja y trepidante por medio de unos personajes que si bien podrían existir en cualquier otro lugar del país y aun del mundo, es en la capital colombiana donde se desenvuelven sus pasiones, sus carencias, sus adversidades, sus maltratos, sus fanatismos, sus mil infortunios, pero también sus almas aferradas a la simplicidad de los días, al buen humor y al rebusque, esta última una actividad colombiana por definición. No son, pues, las descripciones del tráfigo presumible de una urbe de ocho millones de habitantes inmersos en una vida caótica y acelerada, ni el análisis “sesudo” de por qué somos como somos.

Quiroz, novelista y narrador curtido, sabe perfectamente que es en el detalle de los espacios y las cosas, y en la minuciosa descripción de los personajes y sus circunstancias, donde se encuentra el triunfo de una crónica. Que no necesita hablarnos de generalidades o de verdades por todos conocidas, tales como que Bogotá es una ciudad cruel, despiadada y sometida a las peores condiciones de injusticia y de desigualdad (como todas las ciudades colombianas, vale decir), si bien es ahí donde se incuban, justamente, varias de estas historias movidas por personajes aporreados por la violencia, la falta de oportunidades y la pobreza más infame.

(Debo anotar, antes de empezar a hablar de algunas de estas historias, que el nombre de “crónicas” lo pongo yo, que en ninguna parte del libro: ni en la portada, ni en la portadilla, ni en ninguno de los comentarios –generalmente insulsos que se inventan los editores– de la contraportada, existe esa palabra; solo la palabra “historias” aparece en alguna de esas instancias. Tampoco hay fecha ni lugar al final de cada texto, como casi siempre acostumbra las crónicas para dejar constancia de su verosimilitud y su posible comprobación, tal vez. Quizá quiera

el autor que el lector asuma estas narraciones como especie de cuentos, de relatos atemporales no sujetos a las vicisitudes de un tiempo y un espacio en particular; es decir, ficción. Puede ser. Yo, lector autónomo en mi decisión, veo estas historias como crónicas de una ciudad, Bogotá, en el tiempo de comienzos del siglo XXI).

Como prueba de que al escritor lo que le interesa son las historias que transcurren en su ciudad, y no los análisis sociológicos o políticos, el primer relato que nos trae es el de un perro. “Se llama Perro”, así comienza (y la historia se llama “Tarde de Perro”. Ya ese título nos avisa que el autor huye de los lugares comunes). En adelante, Perro es “personificado” por el narrador. Lo sigue, lo observa, corre tras él para ver qué más hace fuera de su esquina habitual, donde lleva una vida deliciosa y bien alimentada por cuenta de los estudiantes de una universidad vecina (“Lo descubro desde la carrera quinta, después de trepar la empinada 27 que sube desde la séptima al lado de la plaza de toros”, pág. 12). Y llega hasta a envidiarlo, porque Perro se mete a un taller donde, según se colige, acostumbra ir por ciertos “desahogos”, y de allí sale un poco más revolcado que de costumbre, feliz; entonces su perseguidor, su narrador, se queda “mirándolo con cierta envidia” [pág. 18].

Como es natural en un libro de historias de una ciudad determinada, en estas está Bogotá con pelos y señales: el nombre de calles y carreras, de sitios clave para propios y visitantes, la descripción de olores, sabores y costumbres, el clima y el lenguaje. Por eso *Tanto Bogotá* es un buen título para este libro. Miren, si no, este ejemplo tomado de “De doncellas y bigotudos” [pág. 19], unas páginas narrativas sobre el pescado y la venta de pescado en Paloquemao, esa inmensa, deliciosa y bogotanísima plaza de mercado:

El viento frío que baja del cerro de Guadalupe pasa de prisa frente a los refrigeradores en los que duermen doncellas recién descamadas y pirapichingas con sus bigotes eléctricos, cruza los cubículos en los que ofrecen cereales a granel, se pierde en el laberinto que se dibuja entre los puestos de frutas que apenas empiezan a madurar... A su paso va despertando apetitos y remplazando

aromas: el de las merluzas por los morrillos, el de los morrillos por las coliflores, el de las coliflores por las guanábanas, hasta que se pierde en el patio de entrada, entre las hojas de los helechos y las astromelias recién florecidas que se ofrecen por paquetes de a docena [pág. 22].

Y está también la crueldad y la infamia más extremas en el cuerpo y el alma de Blanca Cecilia, una niña que a los ocho años (la crónica comienza narrándola cuando contaba esa edad) fue violada y ultrajada por quienes hasta ese momento solo la utilizaban en asuntos delincuenciales en el centro de la ciudad, camuflados en el Cartucho, confundidos en esa inmensa cochambre, una de las tantas vergüenzas con que conviven las ciudades, al lado casi siempre de los centros administrativos y de poder, en franca pugna por ver quién está mejor habitado (mi opinión, que nadie me ha pedido, es que el Cartucho está mejor habitado, claro está). Blanca Cecilia, en el relato, ya era madre a los diez o doce años y lo que sigue de allí es uno de los relatos más conmovedores e indignantes del libro. La prostitución más miserable e indiscriminada imaginable, delincuencia y asesinato, más hijos en la total pobreza, y un largo etcétera de iniquidad, fueron el tortuoso camino de Blanca Cecilia, menos un final como de película mala, porque parece acomodado a favor de semejante destino y mala suerte. Pero así se comporta la vida a veces, afortunadamente, aunque sea en muy contadas ocasiones, y ello no es culpa del escritor, que funge invariablemente de notario, según reza la vieja sentencia de Balzac: “Soy solo el notario de París”.

Fernando Quiroz también ha practicado el llamado periodismo gonzo, o por lo menos ahí lo hemos visto en la revista *Soho*, que ha hecho de esa modalidad un atractivo mediático (casi siempre son personajes de la vida pública y escritores quienes “se arriesgan” por un día o un rato largo, con fotógrafo detrás, a ejercer un oficio que nada tiene que ver con ellos, para luego relatar qué tan duro es aquello, o cosas por el estilo), más que cualquier otro aspecto en sentido periodístico. En el libro que comento, Quiroz presenta una de esas crónicas (ignoro si es alguna de las publicadas en la revista citada).

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>“Inspirado en Saramago” [pág. 83] se llama, y aunque entretenida y muy fácil de leer (como todas las del libro, lo cual es lo que un lector le pide a su libro, y lo cual es, también, uno de los méritos de un buen escritor), deja ese sinsabor de teatralidad impostada: el escritor se convierte en mesero (nunca sabemos el porqué) de un restaurante y nos cuenta qué tan ingrato es para él hacerlo, cómo los meseros profesionales no pueden ser reemplazados por nadie más que por otro de ellos, y que a él lo mejor que le puede pasar es volver a coger la pluma y seguir escribiendo. Es decir: todas obviedades.</p> <p>De las varias crónicas divertidas y risueñas que hay aquí, una de las mejores es “Naturaleza muerta” [pág. 159], la historia de “Ron Antonio de Jesús Casafús Torres de Restrepo y Zea”, “Toñito”, quien vive en el barrio La Soledad en una casa-museo irrespirable y llena de objetos inservibles y malos y feos, a pesar de que cada uno tiene su justificación y su uso, así los vecinos protesten y lo denuncien y le hagan el asco e, incluso, hayan intentado acciones de hecho como incendiarlo. “Esto es una cochinada”, le dijo una vez una señora ante su puerta, a lo que el hombre respondió: “Sí, es una cochinada. Pero no es mía, sino de ustedes, yo solo se las estoy mostrando”. El hombre es un paisa pintor, vagabundo e irreverente, que en Medellín tuvo un famoso bar llamado “El basurero”, donde también se burló sacándoles a relucir a traquetos y políticos todo el mal gusto que siempre están dispuestos a pagar caro. Un ecologista arrebatado y loco que hace las cosas más impensadas, exponiéndose al escarnio público con tal de reírse de la solapada pulcritud de todo el mundo y echándole en cara a ese “todo el mundo” el consumismo y la acumulación de basura en detrimento, claro, de un verdadero orden ecológico por el cual no están dispuestos a sacrificar sus comodidades y despilfarros.</p> <p>Un buen libro, pues, este <i>Tanto Bogotá</i> de un escritor que ha escrito novelas y muchas más crónicas, y un muy importante libro-entrevista dedicado a Álvaro Mutis: <i>El reino que estaba para mí</i> (1993), que leímos hace años, y en el cual supimos muchas cosas ocultas del autor bogotano, muchas de sus opiniones literarias y un libro, al fin de</p>	<p>cuentas, por el cual muchos quisimos más a Mutis, al de carne y hueso.</p> <p style="text-align: center;">Luis Germán Sierra J.</p>	